

REFLEXIONES SOBRE EL RUMBO PATERNO Y EL FILICIDIO

Jorge Kantor

"I went to the woods because I wished (...) to see if I could not learn what it had to teach." Henry David Thoreau

INTRODUCCIÓN

El arzobispo anglicano James Ussher, del Condado de Armagh, en la actual Irlanda del norte, calculó que el mundo se había creado exactamente el atardecer anterior al 23 de octubre, 4004 años a. C.

Haciendo uso libre del método Ussher, podríamos decir que el psicoanálisis tiene también sus diferentes eras. En una primera etapa se enfatizó la importancia del inconsciente, la pulsión sexual y la transferencia. Esta era incluyó posteriormente a la pulsión de muerte. Una época semejante a la era mosaica en el psicoanálisis, el tiempo de la Ley paterna. En una segunda era, el psicoanálisis le da lugar prominente a las relaciones tempranas, a la ligazón madre e hijo, a la contratransferencia, es la era del vínculo materno.

¿Existirá una tercera era psicoanalítica? ¿Tendrá el siglo XXI características peculiares que afectarán al psicoanálisis y, en particular, al representante del padre y de la madre? ¿Cuáles serán las diferencias? ¿Estará surgiendo un nuevo representante paterno?

Desde la clínica se ha señalado, por ejemplo, la falla en la función paterna como un factor principal en la generación de ciertas patologías. ¿Acaso es apropiado sostener que el representante paterno ocupa ahora el lugar de la ausencia? La ausencia de la Ley.

En el último número del *International Journal of Psychoanalysis*, Rosine Perelberg (2009), publicó un artículo titulado "Murdered father; dead father: Revisiting the Oedipus complex".

En el artículo sintetiza los dos momentos del padre en la construcción del aparato psíquico: primero el padre tiránico (*narcisista o idealizado*), aquel que debe ser asesinado y luego lo propiamente correspondiente al complejo de Edipo: el padre ha muerto y puede ser simbolizado.

“(En) la muerte del *padre narcisista* y la institución de complejo del *padre muerto* se encuentra la fundación del orden social”.

La culpa por la muerte del padre habilita un nuevo espacio mental, la fórmula conocida es que, en el plano intrapsíquico, el heredero es el *superyo* y, en general, la civilización. Después del periplo edipiano, el padre se representa en otro espacio mental. Diferenciando al padre tiránico del padre simbolizado. Aunque siempre nos traicionará el ruego: “Señor, ten piedad de nosotros”.

El problema que planta el artículo de Perelberg está relacionado con la transmisión entre las generaciones. Freud alterna entre explicaciones biológicas, filogenéticas y de herencia.

En un artículo reciente de André Green (2009) titulado “The construction of the lost father” se mencionan las diversas entradas freudianas sobre el padre señalando, igualmente, los dos momentos del padre, el padre mítico de “Tótem y tabú” y luego el padre de la identificación, el padre simbolizado. Para concluir Green que, aunque los padres actuales sean más cercanos y jueguen con sus hijos, no cambia en gran cosa la construcción del aparato mental de los infantes.

TÓTEM Y TABÚ.

Los estudios actuales sostienen que la aldea primigenia humana no tuvo muchos habitantes. El ADN que conforma a los seis mil millones de personas del mundo posmoderno proviene de una población que no pasaba de más de cinco mil individuos. Todos los humanos provenimos de esas cinco mil personas. Freud, siguiendo a Darwin, teorizó que estos *proto-humanos* modificaron la estructura social, una organización social semejante a la de los gorilas o chimpancés actuales.

Nuestra estructura vinculante proviene de la revolución inferida en el génesis freudiano “Tótem y tabú”, ocurrido en algún lugar del África meridional en un largo periodo que va entre 100 mil a 50 mil años. Los jóvenes de la aldea destronaron al análogo del gorila de pelo blanco en la espalda. En todos los rincones del prehistórico lugar fue muerto el jefe de cada clan, asesinado por sus propios hijos e hijas. Las mujeres jóvenes ya no querían aparearse más con el líder de su grupo familiar, preferían tener amores con los hijos del vecino. A sus hermanos les pasaba lo mismo.

En verdad, no tenemos ninguna evidencia que las cosas se dieron de esa manera. No sabemos realmente cómo pasó. Sabemos sí que algo debe haber ocurrido. Especular que los cambios se dieron a través de la violencia seguramente puede tener total sentido. Aunque también podríamos teorizar que el sistema cambió gracias a pactos menos brutales entre los padres primigenios y los hijos que tenían unas nuevas ideas. Una improbable de mesa diálogo milenaria que resolvió las cosas de un modo más pacífico.

Al menos, esa parece ser la inferencia que dejan los estudios antropológicos de la ciudad de Caral, una de las ciudades más antiguas de las que la humanidad haya tenido noticia, más de 5 mil años. Caral parece haber existido sin murallas, armas, guerreros ni sacrificios humanos, solo de la producción de redes, del comercio, mucha música y alucinógenos varios, por un periodo de mil años.

Si bien los tiempos de “Tótem y tabú” son muchos más distantes que los 5 mil años de esta ciudad, los tres mitos a los que voy a hacer referencia más adelante son probablemente de la época de Caral.

De cualquier modo que haya sido las cosas, violenta o pacíficamente, las nacientes leyes prohibieron el parricidio, el incesto y el filicidio. El asesinato y el robo también deben de sufrido algún tiempo de reglamentación, pero sin duda no entraron al rango de tabú. Al incesto se le contrapuso la exogamia, al parricidio se le trocó por el ensalzamiento religioso y al filicidio por la ley de la herencia.

Durante un tiempo, que bien pudo tomar varios miles de años, mudaron de estructura mental y social. Las leyes de la exogamia, la religión y la herencia pasaron a ser parte de nuestra naturaleza. Dejamos entonces, como especie, de usurpar el poder vía el asesinato del padre o de prolongarse en el mismo matando a los hijos,

Los individuos cambian, las especies evolucionan y los genes mutan. Posiblemente nuestros antepasados comprendieron (a la manera de la escena inicial de la película 2001, *Odisea del Espacio*), que sus intereses personales estaban mejor servidos regulando de otras maneras las bases de sus relaciones.

Los humanos que optaron por la alternativa que prevaleció, y empezó todo lo que ahora ha llegado hasta lo posmoderno, fueron probablemente pocas familias, tal vez efectivamente se trataba de 14 tribus. Después de tener por miles de años un *padre tiránico* y otros miles más un *padre muerto (simbolizado)*, ahora quizás esté emergiendo un nuevo representante paterno o nuevo tiempo paterno. Aunque en muchas partes los individuos han cambiado, quizás sea prematuro decir que la especie humana haya evolucionado o que ciertos genes han mutado.

EL FILICIDIO

Hace casi 10 años presenté un texto sobre el representante paterno en un Congreso psicoanalítico local, lo titulé decididamente “La envergadura paterna: procedencia, denominación y jerarquía”. Iniciaba el texto planteando el dilema de qué es primero: ¿el padre o el hijo? ¿El huevo o la gallina? Planteé lo siguiente:

La fórmula escogida para deshacer la contradicción será la noción de proceso, de continuidad. Un huevo sin gallina o una gallina sin huevo cesa de ser un acertijo difícil de solucionar para convertirse en una tragedia mayúscula. Huevo y gallina no tienen sentido solos, necesitan del otro.

Ahora me parece que me equivoqué al enfatizar presente y el devenir del padre e hijo, estaba dejando de lado el problema principal, aquel sobre la natura-

leza de la causa inicial. Digamos que, inevitablemente, uno tiene que venir antes que el otro. Lo evidente es que primero se es huevo y luego gallina, es decir, primero se es hijo y luego se convierte en padre. Se sigue siendo “huevo” toda la vida, la condición de progenitor se adquiere, o no, eventualmente.

Sin embargo, para dar cuenta de la humanización de la especie, la mentalización del nuevo ser humano, es condición que primero se sea gallina. Es decir, es necesario que los padres y las madres se ocupen de convertir a ese hijo en una persona en posesión de la continuidad adquirida a lo largo de los ya mentados 100 mil años. Una “disposición a una re-adquisición”, en palabras de André Green.

Compartimos ciertas fantasías universales: angustia castración, escena primaria, escena de seducción, también varios miedos: al derrumbamiento, a la fragmentación.

Habré del enfatizar, de ahora en adelante, el aspecto filicida que se coloca en la aun preñada mente de los niños.

“El asesinato del hijo aparece (...) como un prerrequisito para la relación con la Deidad (...) la matanza del primogénito y la amedrentación de los restantes incluyendo acciones equivalentes atenuadas como la circuncisión, el castigo, el abandono, etc., pasaron a constituir normas para el mantenimiento de los tabúes y las regulaciones que fundamentarían la organización sociocultural que surgió de la prohibición del incesto” (Rascovsky, 1973).

Me parece que la “identificación primaria pasiva” del colectivo humano, tiene un fuerte componente filicida. El concepto de “identificación primaria pasiva” (Norberto Marucco, 2006) sirve para dar cuenta de la generación de estructura psíquica en una mente nueva.

Tomemos tres historias míticas: Layo de Tebas, el patriarca Abraham y José de Nazaret. La manera en que nos representamos estas tres historias y sus respectivas “identificaciones primarias pasivas”, componen parte de la estructura de nuestro aparato mental común. Centrémonos en las correspondientes *escenas primarias*, la de Edipo, las de Ismael e Isaac y la de Jesús, por separado.

Adoptaré la perspectiva de que la *escena primaria* no corresponde exclusivamente a la visión real o fantaseada de los padres teniendo relaciones sexuales (por más traumático que pueda ser para un niño entrar intempestivamente al cuarto de los padres y descubrirlos en pleno afán amoroso). El poder mentalizador de la *escena primaria* proviene de la observación imposible del suceso sexual en el que uno fue engendrado. Es el coito primigenio de los padres el que pone en marcha una estructura que incluirá eventualmente la mirada del hijo, la contemplación del momento en que fue éste engendrado.

Voy a tratar, entonces, de tres paternidades míticas que han dejado en la humanidad “identificaciones primarias pasivas”. Las tres historias tienen en común que se trata de concepciones especiales y extrañas. Trataré de imaginar

qué pudieron haber fantaseado respecto a la *escena primaria* Edipo, Ismael, Isaac y Jesús. Empezaré con éste último.

La *Sagrada Familia* es la denominación utilizada para designar a la familia de Jesús de Nazaret, compuesta por José de Nazaret, María y Jesús. Aunque todo el mundo sabe que el auténtico padre de Jesús no fue él:

"He aquí que el Ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: *José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer: porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es*". (Mateo 1:20).

La posición de José en la escena es forzosamente apagada, prácticamente inexistente. Lo que permite que esté presente un nivel superior, divino en la *escena primaria* del hijo que iba representar a todos los hijos. Quizás no sea una casualidad que los José sean conocidos por el hipocorístico de Pepe, llamado así aparentemente porque en las liturgias en latín se referían a él como *Pater Putativus*, abreviado PP.

Si papá es un Pepe y mamá necesariamente debe ser una virgen, evidentemente se trata de una *escena primaria* desexualizada. Ciertamente un tema muy recurrente en la mitología, como señala Christopher Hitchens (2008):

Por alguna razón desconocida, muchas religiones se obligan a pensar que el canal del parto es un conducto de circulación en un solo sentido...

El semidiós griego Perseo nació cuando el dios Júpiter visitó a la virgen Dánae adoptando la forma de lluvia de oro y la dejó encinta. El dios Buda nació a través de una abertura del costado de su madre. Caotlicue, "la de la falda de serpientes", recogió una bola de plumón caída del cielo, se la escondió en el vientre y así fue concebido el dios azteca Quetzalcoatl. La virgen Nana puso en su seno una granada tomada de un árbol regado con la sangre de Agdistis, que había sido y dio a luz al dios Atis. La hija virgen de un rey mongol se despertó una noche y se descubrió bañada en una luz resplandeciente, la cual hizo que diera a luz a Gengis Kan. Krishna era hijo de la virgen Devaki. Horus era hijo de la virgen Isis. Mercurio era hijo de la virgen Maya. Rómulo de virgen Rea Silvia.

Evidentemente, el sentido de privar de paternidad a estos seres magníficos y adjudicárselos a los dioses tiene el propósito de emparentarlos con la línea mucho más valiosa, elevada y superior.

Soy consciente que hablar de Jesucristo como un personaje equivalente a Edipo, el Tebano o aun a los hijos de Abraham es incurrir en una especie rareza histórica. A nadie se le ocurre que un señor llamado Edipo vivió efectivamente en la Grecia antigua. Estamos claros que se trata exclusivamente de una historia que refleja, en el mejor de los casos, una estructura mental, más no un evento histórico.

Tampoco muchos deben creer que un día realmente Sara vio a su esposo Abraham llevarse a su querido hijo Isaac, sin saberlo ella, con la intención de matarlo en sacrificio al Dios que le había sanado la capacidad de engendrar a una edad tan avanzada.

Freud pensaba que Moisés efectivamente alejó a los judíos de Egipto, les dio la noción de un dios único y los encaminó hacia la Tierra Prometida. El giro freudiano es que Moisés no era judío sino egipcio, un sacerdote que adoptó la noción de un dios único y se la transmitió al pueblo judío, y que además luego fue asesinado y reemplazado por un segundo Moisés.

Pero las evidencias arqueológicas no parecen apuntar en esa dirección. La conclusión que han expresado, con pesar, en el *Instituto de Arqueología de Tel Aviv* es que:

...no hubo ninguna huida de Egipto, ningún vagar sin rumbo por el desierto y ninguna conquista dramática de la Tierra Prometida (...) De hecho, gran parte de las pruebas apuntan a lo contrario. La arqueología sí confirma la presencia de comunidades judías en Palestina desde hace muchos miles de años (esto puede inferirse, entre otras cosas, de la ausencia de huesos de cerdo en los vertederos y depósitos de residuos), y sí indica que hubo un "reino de David", si bien bastante modesto; pero pueden descartarse con total garantía los mitos mosaicos. (Christopher Hitchens, 2008)

Otro tanto sucede con la historia de Jesús, María y José. Recién el año 325, en el Concilio de Nicea se resolvió asuntos como el día de su nacimiento, que José era descendiente de David, la disputa respecto a si el Hijo era igual, diferente o lo mismo pero diferente, del Padre, entre otras cosas más. Y los detalles finales son tan recientes como el año 1852, cuando se dio a conocer la doctrina de la inmaculada concepción (María es inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción) y el dogma de la Asunción data de 1952 (si la muerte es el castigo por los pecados, en consecuencia no pudo haber muerto).

Entonces, la primera de estas escenas primarias es una escena desexualizada. Su propósito evidente es ubicar al Hijo en la dirección de su tarea, es decir, que limpie con su muerte los pecados del mundo. Evidentemente, un destino filicida.

Las *escenas primarias* de Ismael e Isaac igualmente tienen un alto componente filicida. Ismael es concebido no con la esposa de Abraham, ésta era infértil, sino con una sirvienta egipcia llamada Agar. Su situación en la estructura familiar de Abraham era altamente precaria, al punto que eventualmente madre e hijo fueron abandonados en el desierto.

Antes que eso ocurriera, Abraham había descubierto la circuncisión, se la había aplicado a sí mismo, a su hijo de 13 años y todos los hombres que trabajan para él. Cuando finalmente embarazó a su esposa Sara debió de estar muy entusiasmado con la idea de circuncidar a su nuevo hijo ni bien naciera, efectivamente así lo hizo a los ocho días. Mejor suerte hubiese tenido de haber nacido una mujer: el Talmud establece que las mujeres nacen ya circuncidadas.

El método antiguo establece que se introduce el pene del bebe en la boca, se aparta mediante succión el prepucio y se escupe la rebaba amputada junto con una bocanada de sangre y saliva.

Maimónides (1135 - 1204) dice en su *Guía de perplejos*:

El padre todavía no tiene gran amor al hijo al momento del nacimiento, porque la forma imaginativa que en él produce el amor del hijo no se ha consolidado todavía en él. (...) Si, pues, se aplaza dos o tres años la circuncisión, ello tendría como consecuencia descuidarla en razón del afecto y cariño hacia el niño, sobre todo en el padre, a quien tal precepto se prescribe.

El pacto que se estableció para la nueva civilización fue el de no matar a los hijos, procediendo solamente a quitarles un pedazo del pene, como un *recordaris*, una clara advertencia respecto a lo que se es capaz de llevar a cabo, en la forma de la parte por el todo.

La escena primaria de Edipo es igualmente desgraciada. Layo había renunciado a tener hijos con Yocasta luego que había sido castigado por los dioses por haber seducido al hijo de un rey vecino. Mientras reinara, la Esfinge atacaría Tebas y Yocasta estaría condenada a procrear a su asesino.

En un primer momento, Layo pensó que se había librado de la maldición del padre de Crisipo y ni bien se recuperó de la depresión por la muerte de su bien amado Crisipo, se casó con la joven Yocasta y asumió sus recientes deberes como rey de Tebas. Pero como ella no quedaba embarazada, el oráculo de Delfos confirmó la sentencia del padre de Crisipo, que Yocasta desconocía.

Layo se olvidó de su esposa y se dedicó al tipo de amores que más le interesaban. Pero en una noche infausta, luego de un banquete regado de alcohol, forzó a su mujer. De este coito fue engendrado Edipo, inmediatamente condenado a morir ni bien naciera. Y así fue, lo dejaron colgado de una rama a la espera que algún animal salvaje diera cuenta de él.

Edipo quiere decir “el de los pies hinchados”, así lo nombra una reina vecina, su madre adoptiva (apropiadamente estéril), a quien le llevan el bebe que habían encontrado colgado de una rama en otro lugar.

Layo para seguir viviendo debe matar a su hijo, Abraham casi los mata a los dos y el padre de Jesús le había prefijado desde siempre su muerte en la cruz. La pregunta posmoderna, ¿es posible representarse un padre diferente del narcisista o del edípico? ¿Cuál será la *escena primaria* del siglo XXI? Quizás incluya laboratorios y tubos. Más cerca de Frankenstein, la inteligencia artificial y esas cosas.

En algún momento mítico los padres comprendieron que se erraba al no proteger sus hijos. Idealmente, prevaleció una tendencia que lucha en contra del filicidio, una predisposición protectora, la ley de la herencia.

Aunque ahora el padre se haya vuelto jugueteón y más comprometido ingresa, con sus hijos. Green (2009) no ve al padre haciendo algo distinto de ser tercero que impide la fusión entre madre e hijo. Sin embargo, no hay razón para que no sea un hombre la primera frontera que el niño conozca y se ocupe *suficientemente bien* del vínculo mentalizador con su hijo/a. Tanto como que las madres puedan llevar a cabo la estructurante *función paterna*.

La *función materna* y la *función paterna* ha dejado de ser patrimonio exclusivo de hombre o mujeres.

Siempre, los poetas dicen mejor las cosas. El siglo XXI precisa de un padre que diga con Walt Whitman:

“Si me necesitas aún, búscame bajo las suelas de tus zapatos / apenas sabrás que soy ni que significo / Soy la salud que pasa por tu sangre y la restauro”.

BIBLIOGRAFÍA

- Green, Andre. (2009), “The construction of the lost father “, en *The Dead Father: a psychoanalytic Inquiry*, editado Lila Kalinich y Stuart Taylor, Routledge. Londres.,
- Marucco, Norberto (2006) “Actualización del Concepto de Trauma en la Clínica Psicoanalítica”. *Revista de Psicoanálisis* tomo LXIII, N° 1 Marzo.
- Hitchens, Christopher (2008).”Dios no es bueno“. Debate, Buenos Aires-
- Kantor, Jorge (2003) “La envergadura paterna: procedencia, denominación y jerarquía”, en *Los Hijos de Hoy*, editado Rosa Morón, Roxana Sánchez & Gladys Luz, CPPL, Lima.
- Perelberg, Rosine. (2009) “Murdered father; dead father: Revisiting the Oedipus complex” en *International Journal of Psychoanalysis*, Vol 90, N° 4.
- Rascovsky, Arnaldo. 1973, *El filicidio*, ediciones Orion. Buenos Aires.